

hace presa en las sensibilidades que la rodean. Siembra el mal y el dolor; llama, provoca, desafía la maldición y la condenación. Es el objeto adorado y aborrecido. El amor es un filtro, un sortilegio, un veneno. La mujer es tanto más amable cuanto más enigmática. Stenio dice á Lelia :

¿ Quién eres ? ¿ Por qué hace tanto daño tu amor ? Debe haber en ti algún horrible misterio desconocido para los hombres. Seguramente no eres un ser formado del mismo barro y animado de la misma vida que nosotros. Eres un ángel ó un demonio, pero no una criatura humana. ¿ Por qué ocultarnos tu naturaleza y tu origen ? ¿ Por qué habitar entre nosotros, que no podemos satisfacerte ni comprenderte ? Si procedes de Dios, habla y te adoraremos, si del infierno... ¡ Tú, venir del infierno ! ¡ Tú tan bella y tan pura ! ¿ Pueden tener los espíritus del mal esa mirada divina, esa voz armoniosa y esas palabras que elevan el alma y la transportan hasta el trono de Dios ?

Y sin embargo, Lelia, hay en ti algo infernal. Tu amarga sonrisa desmiente las celestiales promesas de su mirada. Algunas de tus palabras son desoladoras como el ateísmo. Hay momentos en que harías dudar de Dios y de ti misma. ¿ Por qué, por qué eres así, Lelia ? ¿ Qué haces de tu fe, qué haces de tu alma cuando niegas el amor ? ¡ Oh, cielos ! profieres semejante blasfemia ! Pero ¿ quién eres, pues, si piensas lo que á veces dices ? Lelia, tengo miedo de ti. Cuanto más te veo, menos te adivino. Me traes agitado sobre un mar de inquietudes y de dudas. Pareces hacer un juego de mis angustias. Me elevas al cielo y luego me huellas bajo tus pies. Me arrastras contigo hasta las radiantes nubes y después me precipitas en el negro caos. Mi débil razón sucumbe.

Emana un poder extraño de estos seres pálidos como las estatuas de mármol blanco que velan junto á las tumbas ; en su frente ha impreso el dedo de Dios el sello de un misterioso infortunio.

Los negros cabellos de Lelia, echados hacia atrás, dejaban descubierta aquella frente en que el dedo de Dios había impreso el sello de un misterioso infortunio. El manto de Lelia era menos negro y menos aterciopelado que sus grandes ojos coronados de movibles cejas. La blancura mate de su rostro y de su cuello se perdía en la de su vasta gorguera, y la fría respiración de su seno impenetrable ni siquiera levantaba el negro raso de su jubón y las triples filas de su cadena de oro. Contemplad esa elevada estatura griega, bajo aquellas vestiduras de la Italia devota y apasionada, aquella belleza antigua cuyo molde ha perdido la estatuaria, con la expresión de profundo ensueño de los siglos filosóficos ; aquellas formas y aquellos rasgos tan ricos. Es el mármol sin mancha de Galatea con la celeste mirada del Tasso y con la sonrisa sombría de Allighieri.

Es la actitud desembarazada y caballeresca de los jóvenes héroes de Shakespeare ; es Romeo, el poético enamorado ; es Hamlet, el pálido y ascético visionario ; es Julieta, Julieta medio muerta que oculta en su seno el veneno y el recuerdo de un amor contrariado. — Podéis inscribir los más grandes nombres de la poesía, del teatro y de la historia sobre aquel rostro, y la

expresión lo resume todo á fuerza de concentrarlo todo en sí. El joven Rafael debía quedar sumido en esta extática contemplación cuando Dios hacía aparecer sus visiones puras y encantadoras. Corina moribunda debía hallarse sumergida en esta silenciosa abstracción cuando escuchaba sus últimos versos declamados en el Capitolio por una doncella. El paje mudo y misterioso de Lara, se concentraba en aquel aislamiento desdeñoso de la multitud. Sí, Lelia reúne hasta las inocentes debilidades, hasta las sublimes ligerezas de la mujer, hasta la vcluble indiferencia que es tal vez su más dulce privilegio y su más poderosa seducción.

Se halla maldita, por definición, y trastorna la vida del hombre á quien ama. Es « su azote », su genio del mal. Tremmor dice á Lelia hablando del joven Stenio : « No echéis vuestro aliento helado sobre esos hermosos días de sol y de primavera. » Su alma, si fuese posible verla, aparecería sombría, lívida, con alas de fuego y uñas ensangrentadas. Á su vista, las rosas se convierten en culebras y se retuercen en sus tallos. No hay en ella más que orgullo y rebelión. El orgullo fué uno de los atributos del romanticismo y el corolario lógico del desarrollo que concedía al individualismo. En Musset, el amor está constituido por ese mismo sentimiento (*On ne badine pas, la Coupe et les Lèvres*) al que Jorge Sand ha dirigido su canto más ditirámico :

¡ Orgullo ! ¡ Sentimiento y conciencia de la fuerza, santa y digna palanca del universo ! ¡ Erijansete altares sin mancha, y enciérrente en vasos de elección ! ¡ Triunfa, tú que haces sufrir y reinar ! Me gustan las puntas de tu cilicio, ¡ oh armadura de los arcángeles !

Su Lelia expresa, con exceso de brillante retórica, sus rebeliones, su indignación pesimista ante el mundo tal cual es y ante los hombres tal como ella los ve :

La cólera fermenta en mi seno. ¿ Queréis blasfemar por mí ? Esto me consolará tal vez. ¿ Queréis lanzar piedras al cielo, ultrajar á Dios, maldecir la eternidad, invocar la nada, adorar el mal, é invocar la destrucción sobre las obras de la Providencia y el desprecio sobre su culto ? Veamos ¿ sois capaz de matar á Abel para vengarme de Dios, mi tirano ? ¿ Queréis gritar como un perro asustado que ve á la luna dibujar fantasmas en los muros ? ¿ Queréis morder la tierra y comer arena como Nabucodonosor ? ¿ Queréis exhalar como Job vuestra cólera y la mía en vehementes imprecaciones ? ¿ Queréis, oh joven puro y piadoso, hundiros en el escepticismo hasta el cuello y rodar al abismo en que estoy muriendo ? ¡ Sufro y no tengo fuerzas para gritar ! ¡ Vamos, blasfemad por mí !

J. Sand se formó una idea ventajosa de la mujer, de la que ella sabía que era una rara muestra, y lo contrario hubiera sido extraordinario. Sus heroínas, en quienes puso tanto de su propia personalidad, son superiores á los hombres que las admiran, las aman, las imploran y las abruman con sus hipérboles.

¿Sois acaso un poder superior al de Dios? pregunta un amante á su amada; y añade: — ¿Por qué, vos que podéis las cosas más difíciles, no habéis hecho descender de lo alto una nube para ocultarme vuestra faz?

El amor es pues inseparable del dolor y vecino de la muerte. El hombre quiere morir atormentado por su deseo estéril, en medio de su impotencia para reanimar á su ídolo de mármol; la mujer quiere morir por la tristeza de su aislamiento superior, en el destierro de su supremacía, como el Moisés de Vigny; no habla sino de los deleites de la muerte (*Indiana*, etc.).

Porque pide demasiado á la vida y á los hombres. Éstos forman á sus pies una lejana é innumerable turba. ¿Quién se distinguirá entre ellos? ¿Quién logrará llamar la atención de esta esfinge altanera? ¡Oh! éste no tendrá nada de vulgar bajo la tetilla izquierda. Si no es un ser excepcional, puede huir á esconderse. Si no es interesante, raro, sensible, bandido (*Hernani*, *el Corsario*), lacayo (*Ruy Blas*), forzado, moribundo, tuberculoso ó condenado ¿qué viene á hacer aquí? Tremor ha conocido todas las embriagueces, todos los crímenes, las pasiones, el presidio, las orgías. Ha hecho pedazos sus muebles de oro; matado á sus amantes, y arrastrado sus cadáveres en charcos de sangre y de vino; hería á las mujeres para gozarse con su llanto. ¡He aquí un hombre! « Verdaderamente este hombre tiene el alma noble y grande, dice Lelia, ninguna amistad me ha lisonjeado tanto como la suya! »

Los piratas y los bandidos son grandes. El que se distingue por audaces crímenes ó por excepcionales vicios merece que la multitud conmovida le abra paso con respeto. ¿Quién es el hombre superior? Héle aquí; es por ejemplo Bambucci:

Bambucci era el primer hombre del mundo para pagar un caballo, una mujer ó un cuadro sin regatear y sin dejarse estafar. Conocía el precio de las cosas sobre zequí más ó menos. Sus ojos se hallaban tan ejercitados como los de un comisario de ventas ó de un mercader de esclavos. El olfato se hallaba tan desarrollado en él que, con sólo oler un vino, podía decir no sólo cual era el grado de latitud y el nombre del viñedo, sino también cual era la disposición del mismo con respecto al sol, y la vertiente de la colina que lo había producido. No había artificio ni milagro de sentimiento ni de coquetería que pudiese hacer que se equivocase en seis meses con respecto á la edad de una actriz; con sólo verla andar en el fondo del escenario, podía trazar su partida de nacimiento. Nada más que con ver correr un caballo á cien pasos de distancia, podía indicar en su pierna la existencia de un tumorcillo imperceptible para los dedos de un veterinario. Sólo con tocar el pelo de un perro de caza, podía indicar en qué grado de su generación ascendente se había alterado la pureza de su raza, é indicar, al ver un cuadro de la escuela florentina, cuantas pinceladas había dado su autor. En una palabra, era un hombre superior.

¡Extraña superioridad! El alma femenina de entonces busca lo excep-

cional, lo raro, una superioridad ó una inferioridad cualquiera. Eloa ama á Satán condenado. La degradación y el sufrimiento son títulos bastantes. Jorge Sand amó á Chopin porque estaba enfermo. Juan Sbogar, de Ch. Nodier, sedujo á Antonia por su aspecto de hermoso corsario y de amable banditismo. En *Indiana*, Raymon amó á Noun porque era solamente doncella de servicio.

El contacto de estas mujeres astrales es deliciosamente terrible. Si se tocan sus dedos, cree uno sentir « una chispa eléctrica ». No es posible hablarles sin paroxismo. « Duda de Dios, duda de los hombres duda de mí mismo, pero no dudes de mi amor », tal es la fórmula. ¿Cómo expresar los males y tormentos que inspiran los celos á estos infelices enamorados? Musset nos ha dado algunos vigorosos bosquejos. Si se quiere un estudio al vivo de estos celos, J. Sand lo ofrece en *Lucrezia Floriani*.

Es su propia historia. Una noche se encontró con Chopin en el salón de una casa amiga. Chopin improvisaba y estaba nervioso. Aunque estaba solo, poco antes había experimentado en la escalera la impresión de que le seguía un fantasma de mujer que exhalaba perfume de violetas. El motivo de su improvisación era una balada: un hulano abandona su aldea y vuelve atrás para besar una vez más á su desposada. El galope, el duo de amor, toda la escena se hallaba expresada con verdad conmovedora y con profundo sentimiento. Al alzar los ojos, vió Chopin en el marco de la puerta á una mujer vestida de negro, pálida, de tinte oliváceo, con cabellos de color de ala de cuervo, con ojos penetrantes y vivos que se fijaban en él. Sintióse turbado y su ejecución se hizo más rápida y más nerviosa. Entonces trabaron conocimiento y fueron á pasar el invierno en Mallorca.

J. Sand era mayor que él. Esto tuvo lugar algunos años después de la novela de Venecia. Experimentó por Chopin un afecto que no tenía nada de maternal. Pero su enfermo llegó á cansar su paciencia con sus caprichos y sus celos, y se apartó de él.

Tuvo la malicia refinada de referir sus horas de fastidio en una novela, *Lucrezia Floriani*, en que Lucrezia es ella misma, y Karol, Chopin. Hasta le hizo corregir las pruebas sin que Chopin se reconociese. Más que una audacia ó una venganza, fué una precaución contra toda crítica para defenderse de haber hecho un retrato. Karol es muy celoso. He aquí uno de los muchos rasgos de su mal humor:

Era la víspera del aniversario de Celio; y su madre quiso poner la linda y ligera escopeta de caza bajo la almohada del niño para que la encontrase por la noche en el momento de acostarse. El viajante de comercio se apresuró á seguirla á la habitación, sin pedirle permiso, para colocar por sí mismo la escopeta bajo la almohada de Celio y recibir el precio convenido. Karol, que había estado durmiendo la siesta, entró en aquel momento y halló á la Flo-

riani en su alcoba, en compañía de un buen mozo de grandes bigotes negros que le hablaba con animación, la miraba con ojos atrevidos y arreglaba el cobertor de la cama mientras ella sonreía con buen humor al oír la charla del comerciante y al pensar en la alegría de Celio cuando descubriese la sorpresa. No hacía falta tanto para que la imaginación de Karol, pronta siempre al insulto y que aprovechaba cualquier hecho aparente sin comprenderlo ni explicarlo, tomase un vuelo funesto. Dejó escapar una exclamación extraña y ofensiva en el umbral de la habitación de Lucrezia y huyó como un hombre que acaba de ser testigo de su deshonor. Necesitó todo el resto del día para calmarse y abrir los ojos, y fué preciso que la Floriani descendiese á darle una explicación humillante para ambos. Por esta vez le trató como á un enfermo á quien hay que persuadir y curar, sin tomar en serio sus alucinaciones. Pero ¿qué es del entusiasmo y del amor cuando el ser amado se conduce como un maniático?

Cierta noche, hallábanse reunidos Berryer y su esposa, E. Delacroix y algunas amigas en casa de la Sra. Jaubert que ha referido la escena. La Sra. de T..... tocó una fantasía de Chopin.

Delacroix, echado de codos, acaricia su obscura cabellera de reflejos azulados, como de acero bronceado. Su mirada velada y lejana parecía seguir el pensamiento del compositor, mientras que el potente orador con la mirada húmeda y con su ancho pecho oprimido y turbado por la extraña armonía de los acordes lastimeros, permanecía inmóvil como si se le hubiese aparecido alguna visión fúnebre. Á la última vibración de esta melancólica música, sucedió el silencio, que rompió Berryer exclamando: « ¡Qué diablo de hombre es este polaco! ¡Remueve las tumbas y evoca á los muertos! » Y tomando á Lucy de la mano, añadió, conduciendo á la condesa al lado de la Sra. Berryer, que estaba sentada en un canapé: « Os aseguro que esta música es malsana. » Dicha señora le dirigió el más lisonjero cumplido en forma de reproche; la Sra. de T... había tocado demasiado bien, provocando una emoción rayana en el sufrimiento. — Y no nos gusta esto, continuó con dulce ironía, ni en amor ni en música. ¿Qué le parece al Sr. Delacroix? — « En efecto, señora, el papel de diletante no implica el de desesperado. » — « ¿Será este último papel el que ha adoptado Chopin para con la Sra. Sand? pregunté. Se habla por ahí de una pasión persistente y de una tenacidad fatigosa. » — « Él persiste en su idolatría, parece ciego; en fin, señora, se conduce como un niño mimado. » Tal fué la respuesta lanzada con tono sarcástico. — « Alguna culpa tiene en esto la Sra. Sand, dijo Berryer; ¿por qué se complace en revestir en sus libros al amor con tintes maternales? Le han cogido la palabra. El niño llora, y no la deja vivir cuando ella pretende alejarse. » — « La compadezco de todas veras, exclamé con acento tan lastimero que todo el mundo se echó á reír. » — « Señor, vuestra compasión disminuiría, replicó Eugenio Delacroix, al ver cómo expresa ella la fatiga del hastío. ¿Podéis creer que la Sra. Sand imaginó cierta noche leer nos á ambos el manuscrito de su *Floriani* novela en que se hallan retratadas la obstinada adoración de Chopin y las extrañezas de su carácter con una verdad transparente? Este héroe no comprende sino lo que se identifica con él, pues carece del sentido de la realidad; de espíritu intolerante y extremadamente celoso, es naturalmente despótico. Sin embargo, como

este héroe se halla perfectamente educado, persigue á la mujer que ama con cortesía y gracia en cada cosa. Lucha contra las ideas. Para él, una mujer sólo existe de un modo relativo. No deja á la mujer que ya no ama, ningún medio indirecto para demostrar sus sentimientos; ella sólo puede hacerlo con dureza y hasta brutalmente. Yo experimentaba un verdadero suplicio durante esta lectura. Los que han conocido á Delacroix, ser nervioso y susceptible pueden imaginar cual debió ser este suplicio. — « Pero, preguntó Berryer, durante esa lectura, ¿qué era de la naturaleza sensitiva de Chopin? — Á fe mía, no podría decirlo. Me maravillaban por igual el verdugo y la víctima. La Sra. Sand parecía absolutamente tranquila y Chopin no dejaba de admirar el relato. Á media noche, nos retiramos juntos. Chopin quiso acompañarme y aproveché la ocasión para sondear sus impresiones. ¿Estaba desempeñando conmigo un papel? No por cierto; no había comprendido nada y el músico persistió en el elogio entusiasta de la novela. » — « Eso prueba perfectamente, observó la condesa, que para que á uno le comprendan, hay que hablar á la gente en su propio lenguaje. En lugar de la Sra. Sand, yo hubiera puesto letra en la *Marcha fúnebre* de Chopin con este título. ¡Entierro de nuestros amores! y hubiera colocado la pieza sobre su pupitre. » — « Es evidente, dijo Rikowski, que acechando el momento de entrar en escena, aprovechó la coyuntura cuando cesó la música, y yo hubiera dicho al tal Chopin: « Jamás he sido vuestra madre; y ya no soy vuestra amante ¿me tomáis por vuestra nodriza? »

J. Sand se mostró imprudente, no impudente en *Lucrezia Floriani*. No dejó, ya que no de amar, por lo menos de compadecer á Chopin. Encontróse en una velada con él, se le acercó y le dijo con voz dulce: « ¡Federico! » Chopin se puso pálido, se levantó y se alejó sin responder como la Dido ofendida de la *Eneida*, en el libro VI.

Hay una carta de Jorge Sand á Gutman que manifiesta su bondad y su persistente compasión. En 1847 supo que Chopin estaba muy enfermo. Por su parte se hallaba muy fastidiada con los preparativos del matrimonio de la Sra. Clesinger, al que el padre ponía toda clase de obstáculos. He aquí su carta:

Gracias, querido y bondadoso Gutman, gracias desde el fondo de mi alma por los cuidados admirables que le prodigáis. Sé muy bien que obráis de esta suerte por *él*, por vos mismo y no por mí; pero no por eso siento menos la necesidad de daros las gracias. Es una desgracia que ocurra esto en un momento como el presente. ¡Verdaderamente son demasiados cuidados á la vez! Creo que me hubiera vuelto loca si hubiese sabido la gravedad de su enfermedad antes de saber que había pasado el peligro. Él no sabe que lo sé, y, á causa de las molestias que sabe me rodean, quiere que me lo oculten. Me ha escrito ayer, como si nada hubiese ocurrido y le he contestado como si no sospechase nada. No le digáis pues que os escribo y que he sufrido mortalmente durante veinticuatro horas. Grzymala me escribe acerca de vos muy excelentes cosas, á propósito de la ternura con que me habéis reemplazado todos á *su lado*, y sobre todo vos; quiero pues deciros que lo conozco y que mi corazón os lo tendrá en cuenta seriamente y para siempre. El matrimonio de mi hija tendrá lugar aquí, según esperamos, dentro de pocos

días. Sin embargo aun no estamos completamente seguros de ello, porque el Sr. Dudevant, que todo lo hace de mala gana, se divierte en retrasarlo. En todo caso, iré á París á fin de mes, ya con mi hija casada, ya para casarla allí en seguida si su padre se obstina en hacernos aguardar hasta entonces. Este matrimonio me ha producido muchos trastornos, pero ya han pasado; cada día me inspira mayor confianza y afecto Clesinger, y, á no ser por ese terrible y doloroso incidente de Chopin, estaríamos todos muy alegres.

Hasta, la vista pues, hasta muy pronto, mi querido hijo, y recibid mi bendición maternal. ¡Ojalá que pueda contribuir á vuestra dicha como yo lo deseo!

JORGE SAND.

Nothant, 12 de mayo de 1847.

El amor había desaparecido, pero la amistad duraba. Jorge Sand y Chopin se volvieron á ver y se estimaron; el tiempo arrastró consigo las locuras y los furiosos del principio y todo se calmó. Pero queda *Lucrezia*, como un testigo de las escenas y de los celos á que da lugar todo amor romántico.

Porque los románticos no conciben el amor sin borrascas, — borrascas del alma y borrascas de los cielos. La decoración desempeña un papel importante en sus furiosos idilios. Venecia, Mallorca ó Grecia parecen indispensables telones de fondo. Por lo menos hace falta un sitio escogido lejos de las ciudades, rocas abruptas, una cascada, montañas y ruinas de un monasterio. Pasan la noche en alguna cabaña desierta en el fondo de los bosques, y al rayar el alba, lanzan al espacio inflamadas estrofas. He aquí uno de esos paisajes necesarios á su amor:

La abadía estaba deshabitada y devastada. Pero errando un día entre los escombros, había yo descubierto la entrada de una cripta que gracias á los derrumbamientos que la ocultaban se había libertado de los ultrajes de una época de delirio y destrucción. Abriéndome paso entre los escombros y las zarzas que la obstruían, pude penetrar hasta el pie de una escalera estrecha y sombría que conducía á una capillita subterránea de exquisita labor y en perfecto estado de conservación. La bóveda era tan sólida que resistía el peso de un montón enorme de escombros. La humedad había respetado las pinturas, y en un reclinatorio de roble tallado, distinguíase en la sombra no sé qué obscura vestimenta sacerdotal que parecía haber quedado olvidada allí la víspera. Acerquéme y me incliné para examinarla. Entonces distinguí bajo los pliegues del lino y de la estameña la forma de un hombre arrodillado; su cabeza, inclinada sobre las manos juntas, se hallaba oculta por un negro capuchón; parecía sumido en tan profundo y tan imponente recogimiento, que retrocedí llena de superstición y de terror.

No me atreví á hacer el menor movimiento; porque el aire exterior al que yo misma había abierto paso, agitaba el polvoriento vestido y el hombre parecía moverse. Hubiérase dicho que iba á levantarse. ¿Era posible que hubiera sobrevivido un hombre al asesinato de sus hermanos y que hubiera podido existir treinta años, confinado por el dolor y la austeridad en aquellos subterráneos, cuya profundidad y salidas ignoraba yo? Por un momento

lo creí, y temiendo interrumpir su meditación, permanecí inmóvil encadenada por el respeto, buscando qué palabras podría decirle y dispuesta á retirarme sin osar hablarle. Pero á medida que mis ojos se iban acostumbrando á la obscuridad, distinguí los pliegues lacios de la tela que caían de plano sobre unos miembros delgados y angulosos. Comprendí el misterio de que era testigo y toqué con mano respetuosa aquella reliquia de santo. Apenas rocé el capuchón, cuando se deshizo en polvo y mi mano tropezó con el cráneo fino y seco de un esqueleto humano. Fué una cosa espantosa y sublime el ver por primera vez aquella cabeza de monje, en que el viento agitaba aún algunos mechones de cabellos grises y cuya barba se enlazaba á las descarnadas falanges de las manos cruzadas bajo la barba.

Jorge Sand simboliza el amor romántico y lo ha analizado con maestría y experiencia en sus novelas. Liszt podía decirle:

Morena y olivácea Lelia, has recorrido lugares solitarios, sombría como Lara, desgarrada como Manfredo, rebelde como Caín, pero más feroz, más despiadada y más inconsolable que ellos.

No nos burlemos; esta concepción tumultuosa del amor tiene cierto sentido y alcance. Semejante sentimiento eleva, exalta y purifica; inspira páginas admirables como este himno enteramente bello:

Hay horas en que nos vemos obligados á amar, en que la poesía nos inunda en que nuestro corazón late más de prisa, en que nuestra alma se lanza fuera de nosotros y rompe todos los lazos de la voluntad para ir en busca de otra alma á fin de confundirse con ella. ¡Cuántas veces, á la entrada de la noche, al salir la luna ó á los primeros albos de la mañana, cuántas, en el silencio de la media noche y en ese otro silencio del medio día tan abrumador, tan inquieto y tan devorador, he sentido precipitarse mi corazón hacia una meta desconocida, hacia una dicha sin forma y sin nombre que se halla en el cielo, en el aire, en todas partes como un imán invisible, como el amor! Y sin embargo, eso no es el amor, aunque así lo creáis vosotros que no sabéis nada y lo esperáis todo; yo que todo lo sé, sé que hay más allá del amor deseos, necesidades, esperanzas que no se extinguen. De no ser así, ¿qué sería el hombre? ¡Se le han concedido tan pocos días para amar en la tierra!

Pero lo que sentimos en esas horas es tan vivo y tan potente, que lo difundimos sobre todo lo que nos rodea. ¿No habéis llorado nunca de amor por esas blancas estrellas que esmaltan los azulados velos de la noche? ¿No os habéis arrodillado nunca ante ellas, no les habéis tendido los brazos llamándolas vuestras hermanas? Además, como al hombre le agrada concentrar sus afectos, por ser demasiado débil para los vastos sentimientos ¿no os ha ocurrido alguna vez apasionaros por una de ellas? Sí, habéis interrogado á esos astros con ardientes simpatías y habéis creído encontrar miradas de amor en el tembloroso centelleo de sus rayos: habéis creído oír una voz que caía de lo alto para acariciaros, para deciros: ¡Espera! Procedes de nosotras y volverás á nosotras! ¡Soy yo la patria, soy yo quien te llama, soy yo quien te convida, soy yo quien debe poseerte algún día!

El amor, Stenio, no es lo que creéis; no es esa violenta aspiración

todas las facultades hacia un ser creado, es la aspiración santa de la parte más etérea de nuestra alma hacia lo desconocido. Seres limitados, procuramos sin cesar engañar los insaciables deseos que nos consumen; les buscamos una finalidad en torno nuestro y, como somos míseros pródigos, adornamos nuestros perecederos ídolos con todas las bellezas inmateriales que percibimos en nuestros sueños. No nos bastan las emociones de nuestros sentidos. La naturaleza no posee nada bastante refinado en el tesoro de sus candidas alegrías para apagar la sed de dicha que hay en nosotros: ¡Necesitamos el cielo y no lo poseemos! He aquí por qué buscamos el cielo en una criatura semejante á nosotros y empleamos en su obsequio toda esa elevada energía que nos ha sido concedida para un uso más noble. Negamos á Dios el sentimiento de la adoración, sentimiento que fué depositado en nosotros para que volviere á Dios solo. Lo fijamos en un ser incompleto y débil que se convierte en el dios de nuestro culto idolátrico.

Por eso, cuando cae el velo divino y cuando aparece la criatura mezquina é imperfecta, detrás de esas nubes de incienso, detrás de esa aureola de amor, nos asustamos de nuestra ilusión, nos avergonzamos de ella, echamos por tierra el ídolo y lo hollamos bajo nuestras plantas.

¡Y luego buscamos otro! porque necesitamos amar, y nos engañamos de nuevo con frecuencia hasta el día en que, desilusionados, iluminados y purificados, abandonamos la esperanza de hallar un afecto duradero en la tierra y elevamos hacia Dios el homenaje entusiástico y puro que jamás hubiéramos debido dirigir sino á él¹.

Este amor crea la piedad, el amor de los humildes y de los desheredados y de los desgraciados; él ensancha al campo de la moral y el dominio de la conciencia. Él eleva el ser por encima de las convenciones sociales hacia un ideal de independencia y de indulgencia.

Puede esto hacernos sonreír: pero reconozcamos que estos románticos intransigentes han creado fuerza, libertad, audacia, y han echado con su gesto teatral de grandes de España el manto purpúreo de la altiva ilusión, de la ternura fraternal y de la orgullosa nobleza sobre las debilidades y las manchas de la mezquina humanidad. ¡Pero no nos dejemos engañar! Sería ciertamente un engaño tomar al pie de la letra todas estas declaraciones que centellean como espadas. Es pura esgrima. ¡Cuanto hay que rebajar, podar, apartar y suprimir en todos esos ornamentos, astrágalos, motivos de exclamaciones, de anatemas, de blasfemias, de conjuros y de imprecaciones! Son como manojos de musgo, de hojas secas, de escorias y de espuma que cubren el agua pura del torrente. Jorge Sand no se dejó engañar por toda esa algarrabía, porque después de haberla producido, fué la primera en burlarse de ella y hasta en parodiarla. Á este propósito debe leerse *Cora*; la ironía aparece en ella desconcertante. Un joven ama á la hija del tendero de enfrente y se producen los mismos tumultos que si se tratase del

1. Esto no es más que la paráfrasis de un pensamiento de San Agustín: « Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti. » (N. del T.)

trío satánico, Lelia, Stenio y Trenmor. Jorge ha encontrado á Cora en el baile de la subprefectura. Ha vacilado mucho á la puerta del salón de baile:

Al fin la fuerza de mi voluntad me arrastró; me pregunté si había leído en vano á Locke y á Condillac, y empujando la puerta, con mano firme, entré animado de una resolución desesperada. Vi de cerca horribles acontecimientos, puedo afirmarlo; he atravesado mares y borrascas, me he librado de las garras de un tigre en el reino de Java y de los dientes de un cocodrilo en la bahía de Túnez, he visto de frente las amenazadoras bocas de fuego de los sloop filibusteros, he comido galleta de mar que me ha herido las encías; he besado á la hija del rey de Timor... ¡pues bien! os juro que todo esto no era nada comparado con mi entrada en aquel recinto.

Divisa y ama inmediatamente á Cora porque lleva también el sello de la desgracia.

Un aspecto de dignidad tranquila é inflexible que hubiera parecido sublime bajo la corona de diamantes de una reina española y que, en aquella pobre joven, parecía ser el sello de la desgracia, el indicio de una organización excepcional.

Porque era la hija... ¿Lo diré? debo decirlo: Cora era la hija de un tendero. ¡Oh santa poesía! ¡perdóname haber escrito esta palabra! Pero Cora hubiera dignificado la muestra de una taberna. Se hubiera desprendido como el ángel de Rembrandt encima de un grupo flamenco. No había en la tierra criatura que pareciese ser un tipo más completo de la belleza fantástica y de la poesía alemana, que Cora, la de los verdes ojos y del vestido diáfano.

Sus días, sus noches y sus viglias se hallan en adelante consagradas á Cora, á la que observa desde su ventana, á través de los visillos.

Me guardaba muy bien de hacerme ver, porque al primer movimiento de visillo, al menor ruido de mi ventana, desaparecía como un sueño. Se desvanecía como un vapor argentado en el claro oscuro de la trastienda; allí me mantenía pues inmóvil, conteniendo el aliento, imponiendo silencio á los latidos de mi corazón, implorando á veces de rodillas á mi hada en silencio, dirigiéndole fervientes aspiraciones de un alma que su esencia mágica debía penetrar y oír. Á veces me imaginaba ver á mi espíritu y al suyo revolotear enlazados en uno de esos rayos de polvo de oro que el sol de medio día infiltraba en la estrecha y angulosa profundidad de la calle. Imaginábame ver salir de sus ojos límpidos como el agua que corre bajo el musgo, un rayo ardiente que me llamaba todo entero á su corazón.

Permanecía de esta suerte todo el día, extraviado, absurdo, ridículo, pero exaltado, amoroso y joven, inundado de poesía y no asociando á ningún ser á los misterios de mi pensamiento, ni sintiendo jamás contenidos mis impulsos por el temor de caer en un exceso de mal gusto sin tener más juez que á Dios, ni otro confidente de mis sueños y de mis éxtasis. Después cuando el día iba cayendo, cuando la pálida Cora cerraba su ventana y bajaba sus visillos,